ANGIE

Y TÚ,

¿QUIÉN ERES?

Soy Paula; cuando tenía ocho años, como en muchas familias ocurre, mis padres me dejaban con mi abuela para que me cuidase mientras ellos trabajaban.

Para mí, el haber estado con mi abuela era una fiesta, ya que era muy divertida y graciosa; me daba unos caramelos de chocolate que me encantaban y unos bizcochos riquísimos que siempre serán mis preferidos. Sus historias eran increíbles y cuando me las contaba, me quedaba hipnotizada ya que las contaba con mucho sentimiento y pasión. Disfrutaba cuando sacaba el álbum de fotos y nos reíamos juntas de cómo vestía a mi madre con vestidos de encaje y grandes lazos. Me encantaban los juguetes con los que jugaba y una muñeca muy bonita que le regaló mi abuela cuando tenía más o menos mi edad y que era de trapo. Luego, después de ver los álbumes, ayudaba a mi abuela a cocinar aunque sabía que nunca llegaría a ser tan buena cocinera como ella porque preparaba la comida como nadie. Solíamos entretenernos con juegos que practicaba ella de pequeña y me lo pasaba genial; además cada día aprendía mucho. Por la noche solíamos ver un rato la televisión y después, cuando llegaba la hora de acostarnos, mi abuela me daba muchos besos de los que sonaban por toda la casa; ese era mi mejor momento del día.

Mi madre a veces se solía enfadar con ella porque me daba muchos caprichos pero en el fondo veía cómo disfrutaba mi abuela de mí y yo de ella.

Como pasaba mucho tiempo con mi abuela me había dado cuenta de que llevaba días que me llamaba con el mismo nombre que mi madre, o se confundía de fecha pensando que estábamos veinte años atrás, también se dirigía al baño para cocinar o a la cocina pensando que estaba en su dormitorio; era muy raro. Yo se lo conté a mi madre como algo gracioso, sin embargo mi mamá se preocupó y se quedó extrañada por el comportamiento de mi abuela.

Al día siguiente mi madre llamó al médico; después de días de hacerle pruebas, a mi abuela le diagnosticaron una enfermedad llamada alzhéimer, que consiste en que poco a poco perdería la memoria. Mi madre le preguntó qué le iba a recetar, y el médico le contestó: "la mejor medicina es amor y cuidado"; mi madre le preguntó qué hacía si no funcionaba; y el médico le contestó "aumentas la dosis".

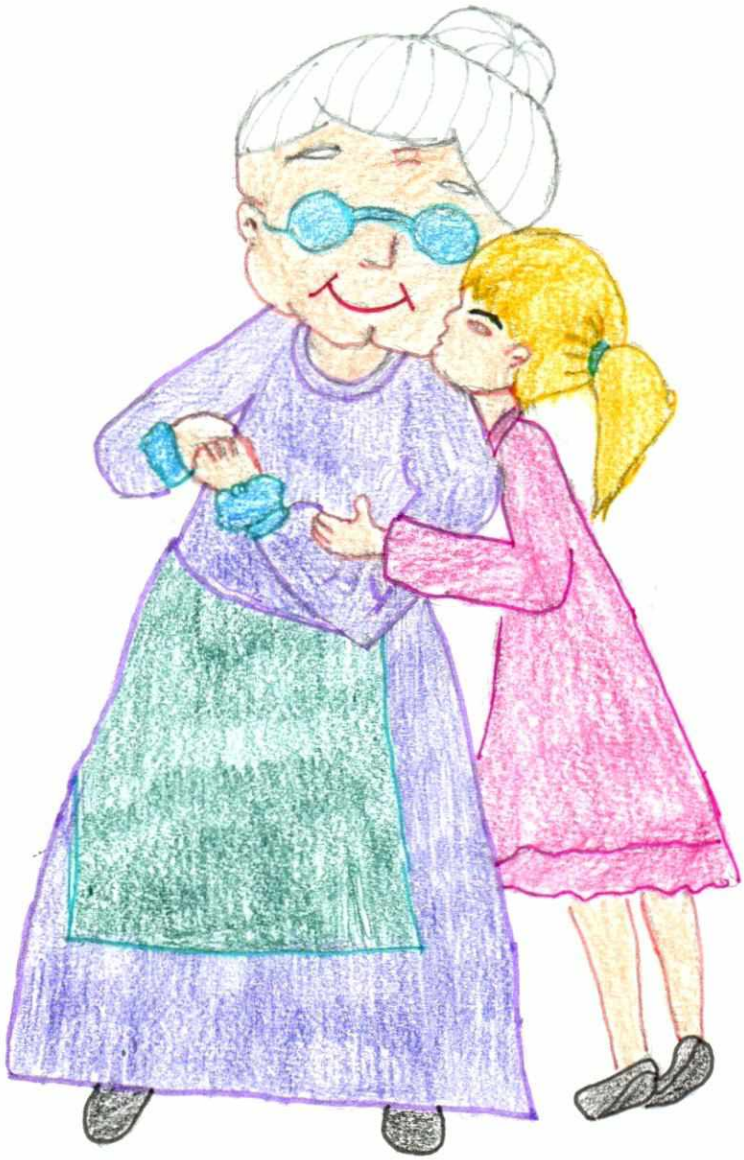
El caso es que ya no podría ir a casa de mi abuela porque ella no podría vivir sola; necesitaba unos cuidados que en casa no podría recibir. Llorando, le pregunté a mi mamá si podría ir a verla a menudo y me tranquilizó porque me dijo que ahora más que nunca la abuela nos necesitaba.

Por fin, después de unos días llegó el momento de ir a ver a mi abuelita. Era un sitio con un jardín muy grande en el cual estaban paseando muchas personas mayores; el edificio era enorme y en él vivían muchos abuelitos que se entretenían jugando a las cartas, al parchís y a muchos juegos divertidos de mesa, los mismos a los que yo jugaba con mi abuela. Cuando llegamos y preguntamos por mi abuela, nos dijeron que estaba en un taller de memoria en el que intentaban hacer recordar un poco más el día a día y a las personas más cercanas que tenían.

Cuando llegamos a la sala donde estaba el taller, mi abuela se levantó y vino hacia nosotras, pero solo le abrazó y besó a mi madre; en ese momento me sentí un poco triste porque no me reconocía; yo le di un abrazo a ella, pero me miró extrañada y me preguntó: "y tú, ¿quién eres?". Más tarde fuimos a su habitación; yo había llevado mi álbum de cuando era un bebé y se lo enseñé para que se acordase de mí; ella sonreía pero no sé si sabía quién era. Así íbamos todos los días mi madre y yo, aunque siempre era lo mismo; abrazaba y besaba a mi madre, pero a mí no.

Un día llevé a mi abuelita los caramelos y los bizcochos que ella me daba a mí; al principio miró los caramelos como si fuera algo nuevo para ella, aunque al final los comió. Cuando llegamos a casa, mi madre me dio una noticia increíble: mi abuela vendría a comer con nosotros al día siguiente; en ese momento me alegré muchísimo.

Esa noche apenas pude dormir deseando que llegara el amanecer. Mi madre vino a buscarme a la habitación, me levanté como una bala y después de desayunar la ayudé a limpiar la casa; rápidamente nos pusimos a preparar la comida porque mi madre tenía que ir a recoger a mi abuela; yo estaba muy nerviosa y entusiasmada. Cuando acabamos de hacer la comida mi madre se fue y yo empecé a preparar la mesa con mi padre. Cuando mi madre y mi abuela entraron por la puerta fui corriendo a abrazar a mi abuela, pero otra vez me preguntó "y tú, ¿quién eres?". Nos sentamos a la mesa y empezamos a comer; yo intentaba darle un poco de conversación a mi abuela ya que no hablaba nada, como si fuéramos unos extraños. Cuando acabamos de comer mi madre trajo el postre; habíamos hecho una tarta de chocolate con nata que era la que más gustaba a mi abuela; se la comió con tantas ganas ...; lo disfrutó como nunca antes lo había hecho y no pude por menos que sonreír. Cuando llegó la hora de despedirnos porque la abuela se tenía que ir otra vez a ese edificio grande donde estaban todas las personas mayores, le di unos besos de esos que suenan por toda la casa, como me los daba ella, y en ese momento me sonrió y me dijo una frase que nunca pensé que volvería a oír de sus labios: "TE QUIERO MUCHO, PAULA".



Hoy, ya han pasado cuatro años, y me siento muy contenta porque aunque mi abuela sigue aferrada a sus recuerdos y vive en su propio mundo, veo que es feliz porque está rodeada de personas que la cuidan y que la hacen sentir como en casa. La visito a diario y aunque ella ya no me reconoce, sé que una parte de su corazón siempre me pertenecerá.

En mi interior me digo:

Abuela, tú sigue luchando. Nunca podrás leer esto, menos entenderlo, o recordar quién lo escribió. Pero no por eso serás olvidada por quienes te queremos. Porque aún quedan trozos de ti aquí, en mí.